

1-11  
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

---

# DISCURSO

LEÍDO EN LA INAUGURACIÓN DEL

# CURSO ACADÉMICO

DE 1913 A 1914

POR

HIPOLIZO RODRIGUEZ-PINILLA

CATEDRÁTICO DE ENFERMEDADES  
DE LOS NIÑOS



SALAMANCA  
Tip. Popular.—Plazuela de San Isidro.  
1913



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

CRÉDITOS VÁLIDOS

DISCURSO DE APERTURA

1913 A 1914.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

---

# DISCURSO

LEÍDO EN LA INAUGURACIÓN DEL

# CURSO ACADÉMICO

DE 1913 A 1914

POR

HIPOLIZO RODRIGUEZ-PINILLA

CATEDRÁTICO DE ENFERMEDADES  
DE LOS NIÑOS



SALAMANCA  
Tip. Popular.—Plazuela de San Isidro.  
1913





*Excelentísimo Señor:*

*Señores:*

**D**ECLARO bajo mi personal responsabilidad—y así suelen empezar ciertos documentos burocráticos de cuyo estilo no conviene abusar—que cuando he ido componiendo este Discurso, no he leído, como Stendhal, los artículos del Código, ni, como aconsejaba Letamendi, me he empapado en Beethoven o Wagner, como medio de dar tonos severos a lo escrito. Y, en cambio, no se apartaba de mi imaginación la idea de que yo tendría que leer estos párrafos en un mediodía de un otoño, casi siempre luminoso en nuestro clima, ante un plantel de señores graves, cuya atención crítica es para el lector, afortunadamente, muy silenciosa, y ante un concurso de jóvenes y aun de señoras, cuya crítica no es tan benévola, pero sí muy ruidosa a las veces, y cuya paciencia hermenéutica tampoco conviene poner a prueba.

Yo he pensado en esto, y he leído a Rabelais y a los humoristas, entre los cuales pongo a Campoamor sobre mi cabeza, y a Swift sobre mis hombros, y he resuelto deleitaros un rato, si puedo, *pariterque*, haciéndoos meditar sobre un tema que, como la locomotora, lleva muy



adentro los caballos propulsores del convoy. Quiero ocuparme breves momentos de la *Psicología del estudiante*, aunque más de veras os hablaré de estados psicológicos del niño y del adolescente.

\* \* \*

He profesado durante más de diez años en esta Universidad, de la cual me despido hoy, con el natural sentimiento de quien ha dejado en ella eflorescencias y raíces que representan jugos de su vida atormentada; y al despedirme, en trance algo semejante—alargando distancias— a aquel por que pasara el propio Belerofonte cuando iba en busca de la Quimera, hago sucinto examen de conciencia doctrinal y digo: que mis prédicas sobre fisiología y patología de los niños—que no son precisamente fisiología y patología infantiles—se han reducido a mostrar de qué modo es el niño producto de la herencia y del ámbito en que se mece y que condiciona su energía individual, de tal forma, que sólo conociendo la vida antenatalicia en sus dos grandes períodos embrional y fetal, y dándose cala y cata de lo pasado en lo presente, «preñado del porvenir», y estudiando después la influencia del alimento, del vestido, del clima, de la atmósfera educativa en que flota su psiquismo en desarrollo, podrá uno darse cuenta de cómo operan en él las causas morbosas y medir sus reacciones y la fuerza medicatriz de su naturaleza hasta descubrir su característica personal o propia.

El *sic vos non vobis* se repite en el niño con extraordinaria frecuencia, y a él puede aplicársele lo de una cliente mía que se me quejaba de las furibundeces y exaltaciones de su marido, desde que lo habían nombrado

subsecretario. «Señora—hube de contestarle—: averigüe usted y dígame quién es el médico del ministro de su esposo, porque a quien hay que curar es al jefe, no al subsecretario.»

Pero la herencia es una función de múltiples variantes no bien conocida. Se da más importancia por las gentes a la herencia tuberculosa y avariósica, que más son herencia de lugar que herencia de progenitores, y se olvida la herencia en las formas de nutrición y de los estigmas funcionales, no siempre directas y homónimas.

Y lo que llamamos el medio ambiente, material, intelectual y moral, ¿quién duda sobre las infinitas modalidades que presenta? Si viéramos a solas, por un agujero, cómo juegan los niños que juegan, quizás pudiéramos juzgar del ambiente que rodea al niño, mejor que visitando su casa e interrogando a sus padres.

Como ejemplo de cómo educen de la herencia y de la crianza niños distintos no sólo en su físico sino en lo moral, yo voy a señalar dos clases de temperamentos que todos habréis observado en el trato corriente con la infancia.

Hay unos niños que forman parte de la prole nacida de una raza de gentes vigorosas, llenas de sentido común, que no se distinguieron socialmente en nada, sino es en una impecable respetabilidad y ortodoxia, que fueron o son metódicas, trabajadoras, industriosas y útiles, y cuyos hijos, digo, nacieron y se crían normalmente, tomaron el pecho materno rápidamente y nunca lloraron por más, cuando tenían la cantidad suficiente, a reserva de gritar y patalear cuando les acucia el hambre o les pincha un alfiler; que duermen tan perfectamente como sus padres o su nodriza; que no demuestran precocidad sino en la fuerza física y que aprenden a sentarse y a andar antes que a hablar; que miran los juguetes como cosas que



chupar y con más preferencia a los que más ruido meten; que pasan, por supuesto, la escarlatina y el sarampión como si tal cosa; que a los dos años son capaces de comer una libra de cerezas sin indigestión y a los tres gozan acogotando pájaros, no por crueldad, sino por incapacidad de comprender que los animales sean dignos de respeto. Cuando van a la escuela no van a aprender, sino a que pasen lista, y de éstos es aquel del cuento, que se pasaba el tiempo alrededor del edificio escolar, y cuando alguien le interrogaba por qué no se metía dentro, respondía: «estoy esperando a que salgamos».

El maestro observará que los tales, gustan, en materia de literatura, de las novelas de piratas; en aritmética, pasaron por las cuatro reglas a duras penas, y que preferirán una paliza a una reprensión moral. Cuando llegan a la Universidad, pasan sin pena ni gloria, con su poquito de sentido común, con sus buenos músculos y sin discutir nunca por cosas de ciencia. Si van a la milicia, podrán ser el ídolo de los soldados y obedientes en empresas peligrosas. En el comercio, serán honorables comerciantes, sin arriesgarse nunca, y hasta si se hacen ricos—cosa probable—darán dinero para sostener un comité político o para comprar algún cuadro ya acreditado. El infortunio no les quitará el sueño ni el apetito. Digieren piedras, y si, por de contado, sufren enfermedades, los médicos quedan admirados de lo bien que en ellos obran los medicamentos. Y es lo probable que mueran de viejos, después de algunas falsas alarmas.

Mientras que hay otros niños, sanos también, que, como dicen las madres, «dan mucha guerra para criarse». La menor alteración en la madre-nodriza, se traduce en ellos por cólico, fiebre o convulsión; son inestables, lloran sin motivo y se alteran por causas triviales; son explosivos al mismo tiempo, y por eso mismo, agotables fácil-

mente, aunque se restauren del agobio mil y mil veces. Más adelante, serán niños «muy despiertos», a quien una mala educación se encargará de dormir o de dejar máculas de nervosismo, en forma de mimo, envidia, iracundia, timidez o todo junto. Cuando están enfermos—y lo están con frecuencia—el médico tiene que andar con pies de plomo para pronosticar, porque con aparentes gravedades curan enseguida, y con leves síntomas asustan de repente a los propios doctores. Para ellos, el vino o la carne son tan excitantes como el café.

De esta clase de niños *sui generis*, unos dan en «sensitivos» y otros en «motores». Los primeros son los, que llama la gente «niños parados»; pero en quienes la procesión anda por dentro. De entre ellos, es aquel niño, que es hoy catedrático honra de esta Universidad, y a quien el maestro le excitaba un día a que saliese de su mutismo y dijese algo, a lo que el interpelado contestó con la misma palabra: «algo». Y por cierto que el aludido se ha desquitado a los cuarenta años de lo que no habló a los cinco. Los tales, que son imaginativos y a veces, supersticiosos, exagerados en el amor propio, dan en orgullosos o egoístas; apasionados, dan en querellantes o impetuosos. De cuerpo delgado, pero de fibra, su cara pálida tiene los cambiantes de su impresionismo, remachado en sus ojos de activas pupilas. Del círculo social en que se muevan dependerá, y del método de vida, que logren un porvenir brillante, o que, sin brillantez, terminen en suicidas, homicidas o locos.

Se ha querido experimentar demasiado en sentido naturalista la disposición mental de estos niños «sensitivos», y Baldwin los divide en «visuales», «auditivos», etcétera, como quien pone sobre los élitros de un coleóptero el orden y familia a que pertenece entre los insectos. ¡No es para tanto, ni las variables psicológicas permiten tanto abuso de clasificación!



Es cierto, sin embargo, que hay niños y jóvenes que restringen y como si gobernasen sus emociones, y otros a quienes puede aplicarse el chiste del baturro, explicativo del modo de funcionar el telégrafo: todo en ellos es arco reflejo, y hasta en lo mental, les entran las cosas por un oído y les salen por el otro. Los tales se mueven mucho, conciben poco y no «paren» nunca. Si se quiere sacar partido de ellos en casa o en la escuela, hay que tener sus manos o sus piernas ocupadas en algo. Cuando se les adiestra en un *sport*—y no son torpes para eso—acaba el *sport* por ser la ocupación principal de su vida. Son los de atención de hule, que todo les resbala y no se empapan; los que, a fuerza de fuerzas, logran ver, pero nunca prever; los que en lugar de analizar, hacen conjeturas y no se paran a pensar, como no se haga la obra mental a saltos o a puñetazos, en cuya clase de argumentos creen a pies juntillas, pues de esta especie de sujetos debió nacer aquella tradición de que el abedul es el árbol del conocimiento. Incapaces, cuando llegan a la madurez de la razón, para comprender el *humour*, la ironía, son partidarios de tratar las cosas serias, seriamente, lo cual quiere decir que son unilaterales.

Sobre la diferencia entre un niño sensitivo y un niño motor, escribe Baldwin: «Son sensitivos los niños que parecen más pasivos, más perturbados por la inercia física, más contemplativos cuando llegan a mayores, menos aptos para aprender o ejecutar movimientos nuevos, menos vivos para comprender una idea..... Parecen torpes cuando son pequeños. Por esta razón los muchachos son considerados frecuentemente torpes, comparados con las niñas. Tan pronto como empieza el segundo año puede observarse en muchos casos esta distinción entre los niños. El niño motor llorará dando gritos y ejecutando acciones violentas, mientras el niño sensitivo llorará sin agitación y continuará llorando cuando el otro ha-

ya olvidado por completo la causa de su llanto. Los niños motores son los que preguntan un gran número de cosas y parece que aprenden muy poco con las respuestas que se les da, mientras que los sensitivos aprenden simplemente oyendo las cuestiones que plantean los otros y las contestaciones que reciben.»

Que estas disposiciones de las criaturas nacen y se manifiestan muy pronto lo sabemos todos los que hemos trabajado en la clínica infantil. Desde los primeros meses de la vida se dibuja en algunos la facilidad para los espasmos nerviosos, gérmenes de variadas neurosis, la mayoría de las cuales se transmiten de unas a otras generaciones. El miedo se hereda tanto como la escrúpula. En la hiperestesia o en la anestesia congénitas de algún sentido, se halla el germen de muchas acciones morales. En la aversión innata para muchos alimentos está el germen de muchas diatesis. Hace más de 300 años escribió Jerónimo Cardano: «Confíad a un maestro de escuela que enseñe, pero no a alimentar a vuestros hijos.» Y un escritor inglés, hablando de los estragos que se hacen empeñándose los padres en dar a sus hijos determinados medicamentos o alimentos, dice que «le obligaron de niño a tragar tanto aceite de hígado de bacalao, que el aceite lubricó permanentemente sus obras». Por cierto que debieran recordar esta anécdota muchos autores que no logran meter sus libros en el público, ni con vaselina ministerial.

Y es el caso, señores, que haría falta que los hombres entendiésemos pronto estas diferencias que precozmente, desde hora temprana, se dibujan en el espíritu de los niños. El porvenir de estos seres depende muchas veces de que aguzáramos nosotros tales entendederas. Desgracia es, y no poca, para ellos, que ni aun las madres, que tienen para eso una gramática especial, mejor que la académica, obtengan éxito. Yo sé de muchas mamás que sólo



aplicando su mano a la frente del hijo, conocen si tienen o dejan de tener fiebre, y hasta aprecian exactamente las décimas de temperatura; y esas mismas madres ignoran las diferencias espirituales que existen entre su prole.

Para entender a un niño, no hay mejor que otro niño. Vital Aza ha puesto en verso esta idea, refiriendo que en cierta ocasión, un hijo suyo, de dos años escasos, lloraba a lágrima viva, exclamando: «*jento, ento!*» Nadie sabía lo que significaban estas sílabas, hasta que otro niño amiguito, de pocos meses más de edad, y que oía las quejas, le dijo al lloriqueante, en lenguaje recortado, pero algo más claro. «*si no habieras comido anto uce, no eventaras*». Con lo que el diagnóstico quedó establecido.

Otro *bebé* de año y medio, pataleaba junto a su madre a la hora de la comida, pidiendo *ones*, y fué preciso que el hermanito, de doce meses más, explicara que la exigencia del grito se refería a unos bizcochos con piñones.

No creamos que estas son anécdotas sin substancia, porque el insigne Bernardino Machado ha sabido sacar de cosas parecidas, en su libro *Notas d' um Paé*, muy sabias consideraciones pedagógicas.

Y es más: la educación por las muñecas es un hecho; fomentar en las niñas el jugar a las muñecas es de inmensa aplicación para conocer el alma infantil. Suponiendo que conozcáis, ¡oh madres!, qué muñecas gustan más a vuestras hijas: si de trapo, de caucho, de china, de palo; si grandes o minúsculas, *pataletes* o *nadadoras*; si vestidas o por vestir; y si gustan de conversar con ellas, de darles de comer, de asistirles en sus enfermedades y hasta de las fórmulas de entierro—pues es sabido que las muñecas también enferman y mueren; más lo último que lo primero—; en una palabra si sorprendéis esas

emocionantes imitaciones del tráfago humano, que hacen los niños de ambos sexos, en cierto período de su vida, con el juego aludido, creo que habréis conocido algo del carácter, de los instintos, de las aptitudes, de la sensibilidad y de los gustos que tienen las criaturas. Tengo la creencia de que el juego de las muñecas tiene una importancia considerable, y realiza en el alma infantil algo semejante a lo que el prisma ante los rayos de luz que descompone en un espectro. Jugar a las muñecas es también dar facilidades a la dispersión de los rayos de luz del espíritu, que se dispersan y florecen dándonos a conocer los matices del sentimiento y de la inteligencia de los niños. (1)

Claro está que para interpretar todo esto se precisa un especial diccionario que no manejan bien todos los maestros ni todas las mamás; aunque «moco suena, moco suena», no hay quien deje de traducir algo—aquí se diría mejor traslucir—cuando pone empeño y ternura en la obra.

\* \* \*

De todas estas consideraciones, ¿se desprende algún dato para la mejor inteligencia de los estados psíquicos porque atraviesa el estudiante?

En cierto sentido puede decirse con Wosworth que el niño es el padre del hombre, su antecedente obli-

(1) Con justo motivo, pues, los griegos y los romanos apreciaban la importancia de este juego, y con justo motivo es tradicional en el Japón «la fiesta de las muñecas», que se celebra en un determinado día del año. La hipótesis histórica que el doctor Gustavo Schlegel acoge, de que las muñecas no fueron conocidas en Europa hasta el siglo XV, no es creíble por los motivos anteriores. Se dice que un italiano de Padua, llamado Pusello, llegó a





gado, y en el cual, como energía en potencia, están los resortes por los que se ha de mover mañana el complejo telar de los pensamientos y de los actos más trascendentales de la vida. Y el psiquismo que va esbozándose en la niñez, constituye un plasma formativo de la inteligencia, la voluntad y el sentimiento en pleno desarrollo. Sin ser zahorí, sino algo experto en el trato con los niños, para lo cual hace falta paciencia y buen humor, ternura y modestia—ser algo niño también—, acabaría uno por ser un buen catador de almas juveniles, y buen lector de horóscopos vivientes. No es que vayamos a augurar con certeza si tal muchacho va para estadista o tal otro para héroe: eso, no. Nuestros vaticinios podrán referirse—y no es poco—a las aptitudes y aun a las capacidades para un orden determinado de la actividad individual. Y cuenta con que si muchas veces tales profecías salen fallidas, no suele ser tanto por defecto de los profetas, como por errores en el manejo de la educación del profetizado. A uno le adulteran los libros, al otro el precoz esfuerzo, al de más allá el sistema pedagógico; ni más ni menos que sucede con los mejores caldos de Borgoña, Burdeos o Rioja, a los que un mal envase los tuerce y avinagra. Recordemos todos, para execrarlos una vez más, aquellos tiempos o aquellos proceder, en los cuales se conside-

---

París con varios géneros de comercio, y entre ellos, un centenar de estatuillas de emperadores y emperatrices romanos, de los cuales hizo exposición pública. Al final de esta exposición fué llamado a la corte, para entretener al rey Carlos VI, quien adquirió algunas de estas figuras. Del nombre de Popea (la mujer de Nerón), cuya efigie fué la más apreciada por el rey, se derivaría la palabra francesa *poupée* (muñeca). Pero a mí se me antoja que hay tanta semejanza de origen entre estas dos palabras como entre la inglesa *doll* (muñeca) e *idol* (ídolo), con cuya paridad ortográfica quiere Stanley Hall buscar el significado de los ídolos antiguos.

raba que inspirar miedo a los niños era preciso fundamento de la moralidad, y en los que si una criatura no demostraba naturalmente signos de temor ante sus mayores, se le azotaba para ponerlo en estado de reverencia. Llamábase a esto «quebrar su voluntad»—la de la criatura— mientras que otras veces se buscaba fortalecer a los tímidos, dándoles sustos o, como aconsejaba Platón, exponiéndoles a los horrores de la brujería.

Si los propagandistas de tales creencias hubiesen oído nuestra proposición de que la moralidad, en su sentido amplio, es cuestión de salud, de temperamento, de ámbito, y el vicio, en general, depende de enfermedades heredadas o adquiridas, quizás nos hubieran sometido a la horrida visión apocalíptica; o, lo que es lo mismo: a hacernos responsables de alguna espantosa consecuencia, que suponen debida a no aceptar aquellas prácticas, que engendraron tanta imaginación calenturienta y quizás tantos mártires y santos.

Decía antes, que, en mi opinión, si conociéramos al niño, conoceríamos al estudiante, si es que no nos lo habían falsificado. ¿No estimáis conmigo, que esas escuelas mefíticas, sin capacidad de aire respirable, donde toda incomodidad tiene su asiento—sin negar que hay incomodidades ortostáticas—dañan la salud corporal, como dañan a la espiritual los ímpetus magistrales, las rutinas dogmáticas, el memorismo, psitacismo y demás ismos y ripios educativos? ¿No creéis conmigo, que el empeñarse en hacer de los tiernos escolares un plantel de niños prudentes, sumisos, incoloros, es matar en germen la personalidad, por temor a que se acuse en forma heterodóxica, o por ignorancia para dirigirla en un sentido ético compatible con la variedad del carácter?

Tienen ya de suyo la Escuela y el Instituto una tendencia a nivelar las inteligencias, que no juzgo buena. El progreso instructivo educativo, o, mejor expresado,



la manera de que los niños escolares aprendiesen más y se educasen mejor, pareceme que estaría en aquellos procedimientos que, llámense individualistas, llámense anglo-sajones o de la *home-education*, procurasen conservar, encauzándolo, el carácter propio del niño. Y yo digo que la Escuela y el Instituto favorecen la cristalización—permítaseme la metáfora—de las facultades cerebrales, en una forma geométrica igual y determinada. Allí se miden cantidades: sobresalientes, notables, aprobados, suspensos; pero no se miden calidades, ni se fomentan. Damos a un niño-escolar la boleta de sobresaliente; y cabe preguntar: ¿en qué es sobresaliente este chico?: ¿en repetir bien la lección?: ¿en estarse quietecito todo el año en su sitio? Pues estas cotorritas sumisas pueden ser menos aptos para la vida social y menos útiles a la Patria que los pardales de ojo avizor que se nos escapan de entre las manos, y que a lo mejor, o a lo peor, nos preguntan como el del cuento, o no lo preguntan, pero lo piensan: «¿qué hago yo, si el hombre tiene ya en la mano la piedra con que me va a tirar?»

Conservar el carácter y encauzarlo, o poner los medios para que el niño lo forme y lo mantenga: eso es lo derecho. ¿Aludirá a eso la frase tan en boga hoy entre los pedagogos: «este joven no está formado»? Porque yo dudo que renazca el carácter si lo malearon o lo mataron en germen. Y me permito dudar también de que lo *formen* los altos estudios, ni pueda nacer, como Minerva, de la cabeza de Júpiter.

Un joven escolar no se forma por obra y gracia de un orden superior de conocimientos, ni hay fragua ni Vulcano docentes que, a fuerza de martillazos librescos, le capacite para otra cosa que para funcionario, pero no para los demás empeños de la vida; y no digo de «la lucha por la vida», porque no es semejante cosa el meterse, de rondón o despacio, en el presupuesto nacional, que

tiene más puertas que Tebas, y en donde hallan cobijo, sin lucha, millares de ciudadanos.

Hay que formar caracteres y no abogados, maestros, etcétera, y formar hombres *capite ad calcem*. Pero dar forma a una cosa, presupone la substancia, y aun si analizamos despacio, tal vez viéramos que no hay un mundo de las formas distinto de las esencias, por lo cual, *formar* a los estudiantes es, ante todo, no deformarlos, y para ello, en la obra educativa, partir muy del principio y aunar complejos medios modificadores, que no están, en su mayoría, al alcance de un mentor del Estado, del maestro oficial, sino que dependen también de un arte doméstico de criar los hijos, de la educación en el hogar, en fin, reflejo a su vez de un espíritu educativo nacional.

Entrando ahora de lleno en lo que es tema principal de mi Discurso, cabe preguntar: ¿qué ideas tiene el joven escolar sobre sus deberes como tal estudiante y qué piensa acerca de las causas y motivos de su presencia en la Escuela, en el Instituto o en la Universidad?

La mayoría de los niños de diez o doce años, que asisten a los establecimientos de enseñanza, no se dan cuenta de la finalidad ni del objeto de esos actos de su vida, que a la mayoría igualmente no le son agradables.

Encuentro muy gráfica la ocurrencia de un inocentón de catorce años, a quien su madre, viuda, intentaba explicarle la conveniencia de que estudiase, «para hacerse hombre»—le decía—y para ganar dinero, y hacer lo que quisiera el día de mañana. A lo cual el muchacho respondía que se encontraba bien con su mamá, y como no quería cambiar, no había por qué obligarle a pasar malos ratos en la escuela. (1).

(1) Esta anécdota hace contraste con la siguiente, de origen yanki:

—Jhonnie—dice un hacendista distinguido a su hijo menor—:



No hay nada más difícil, en efecto, para un alma de niño, que el formarse concepto del porvenir. Si muchas veces el niño mira, pocas veces ve todo lo que mira. Prever es ya una adquisición que requiere madurez de juicio, adquirido a golpes de dolor o de reflexivo conocimiento.

El niño entra en la Escuela, y aun en los Liceos e Institutos, en obediencia a un mandato externo. Cuando, por virtudes de los maestros o de los procedimientos de enseñanza, se convierte esa obediencia en sentimiento de placer, en mandato interno de conciencia, el niño será ya un hombre y las instituciones docentes dignas de alabanza.

Este sentimiento o esta sensación de «hombría», de dominio, que manifiesta el joven escolar es también evidente, y es, por cierto, explotable en su beneficio.

te daré un dollar, si cavas el cuadro de terreno donde quiero hacer el nuevo jardín de tu hermanita.

—Está muy bien — contesta éste, quedando al punto pensativo—; mas le pediré a usted que me adelante el 25 por 100 sobre el precio estipulado en nuestro contrato no porque ponga en duda su buena fe, sino porque necesito la suma como base de fondos.

—¿Qué quieres decir, Jhonnie?

—Voy a explicárselo, padre: el quarter (cuarta parte de un dollar) que usted me dará, lo sepultaré en el cuadrado de tierra; después reuniré a mis compañeros y les diré que un pirata ocultó en otro tiempo un tesoro en aquel sitio. Comprenderá usted que cuando uno de ellos haya encontrado el quarter, los demás cavarán a porfía; el trabajo quedará concluido y yo tendré el 75 por 100 de beneficio, sin cansarme; pero, además ....

—¿Qué otra cosa hay?

—Además, si encontrase el quarter yo mismo, los otros trabajarían con igual ardimiento, y el negocio resultaría más beneficioso aún.

Como se ve, este Jhonnie pertenecía a la casta de los pardaes a que antes he aludido.

Todos hemos visto, y nos hemos sonreído, al cruzar el Patio de Escuelas, de nuestra vieja ciudad, y contemplar a muchos niños de nuestro Instituto, cigarro en boca y con aire triunfal, desafiando la mirada de las gentes que pasan por la plaza, y aun las reprimendas de los profesores. Pero mucho más nos sonreiríamos si, teniendo un poco de paciencia, siguiéramos observando a estos niños-hombrecitos que, no tardando mucho, sobre todo si es en mañanas de invierno, dejando el cigarrillo o con ostentación del mismo, se refugian en la *cabina* de una castañera próxima, a la busca de una madre adventicia y de un adventicio hogar doméstico, donde encontrar «calor de humanidad» y..... del otro.

Un maestro de cierta Institución de enseñanza, de Madrid me refería hace años sus dolorosas preocupaciones, originadas ante las dificultades de querer enseñar a sus discípulos, permitiéndoles al mismo tiempo libertad de movimientos, de actitudes y de atención. El hombre se encontraba con que a lo mejor le volvían la espalda, sin lograr contenerlos en el redil de la ciencia. Más de una vez estuvo para abandonar la escuela, confesando su fracaso para instruir deleitando, hasta que, al fin, consiguió—a imitación de la parábola de los puerco-espines—mantener a los jóvenes lo suficientemente atentos para que la explicación no fuese baldía, y lo suficientemente libres para que ellos se considerasen ajenos al cumplimiento de un deber.

Pero el estudiante no comprende lo que está pasando delante de él, esta lucha interna del maestro para hacerse el amigo de su alumno, que no me atrevo a llamar «oyente», porque muchas veces no oye; no comprende que el maestro—se entiende cuando no tiene condiciones de dómine—busca amor, simpatía, confianza y no imperio ni despotismo.

Con los años del Instituto, cambia el estado psicoló-



gico del escolar. El bachiller acentúa su idiosincrasia intelectual a que llamamos vocación, y gusta ya el haber comido del árbol de la ciencia.

No ignoro que no siempre sucede así, y que muchos entran en la Universidad, y aun salen de ella, sin que en sus cabezas haya entrado el espíritu universitario, sin vocación y sin gustar el placer del estudio: niños como de pasta harinosa, que lo mismo sirve para el hojalde que para el pan de Eucaristía.

Si en nuestro país existiese, como en Inglaterra, lo que se llama el tutor de estudios, alguien distinto del profesor, que se encargase de dirigir las tendencias del escolar, además de *pasarle* las lecciones, encauzarle por el derrotero que inicia el niño mismo, el niño «motor» o «sensitivo», las vocaciones serían más numerosas, marcadas y precoces.

Entre nosotros, en cambio, abundan los que llamaba Eulogio Floréntino Sanz, «tímidos para el trabajo»; los que llama Baldwin, «flúidos de atención»; los que algún helenizante podría apellidar «ataráxicos» intelectuales, recordando que Epicteto llamó ataraxia al indiferentismo frente al dolor, que él predicaba, con la resignación, el silencio y el desprecio de todo mal. Donde dice dolor léase conocimiento, y véase si hay en el mundo ataráxicos. Sobre todo en el mundo universitario.

Bien ajeno estoy yo de aconsejar que desde los primeros años se encarrile a las criaturas para hacerlas médicos, obispos o capitanes generales, en virtud de que hay niños que desde muy pronto exhiben condiciones de naturalistas, de monaguillos o de capitanes. No se olvide, sin embargo, que hubo en el mundo un Napoleón I, que dijo en pleno Consejo de Estado (1): «Mien-

(1) El 11 de Marzo de 1806.

tras no se aprenda desde la infancia si es necesario ser republicano o monárquico, católico o irreligioso, el Estado no formará una nación, reposará sobre bases inciertas y vagas, y estará constantemente expuesto a desórdenes y cambios.»

A principios del siglo XX este celo por el prematuro encauzamiento educativo de la juventud, nos parece simplemente abusivo y abusivo simplemente.

Porque hoy queremos velar por los niños; mas sin ponerles centinelas de vista.

El estudiante universitario..... ¿Qué estados psicológicos nos descubre el estudiante universitario? ¿Con qué estímulos cuenta como acicate a su labor? ¿Qué quiere, a qué aspira hoy el estudiante español?

Yo temería padecer un error de apreciación si calculase en cifras percentuales las tendencias que observo entre los jóvenes universitarios; pero estimo que predomina el sentido utilitario más inmediato y de aplicación.

Hay un egoísmo, señores, en el alma humana, que a mí no me parece censurable, si conduce a la exaltación, sin idolatría, de la propia personalidad.

Pero hay también un egoísmo que acaba por convertirse en culto, y que hasta tiene su liturgia.

Un gran egotista, Maurice Barrés, describe así su propia enfermedad: «El egotismo propone orgullo a los orgullosos, sensibilidad a los sensitivos y reglas de vida a los irresolutos, y bajo el disfraz de una seductora elegancia, les ofrece a un tiempo, teorías ingeniosas y prácticas sutiles para atender al doble fin de las voluptuosidades interiores y de las satisfacciones materiales.»

Ahora bien, entre una sana y una torpe exaltación del yo, hay la diferencia de que unos hombres refrenamos nuestros actos aunque no modifiquemos nuestros impulsos, mientras que otros no procuran dotar a su inte-



ligencia del papel inhibitor de sus apetitos y se convierten en siervos de su sensación. Todo lo que alrededor de ellos les habla de solidaridad y altruismo lo convierten en sugestión contradictoria.

No está mal, por eso, que el estudiante piense en hacer una carrera para hacer una fortuna. Lo malo es si piensa en hacer la fortuna como carrera.

Muy bien el que no se contente con ser el secretario de su pueblo y aspire a Presidente del Consejo, aunque luego se quede en «fiel de fechos». Pero muy mal el que sueñe tan solo con el sueldo del virrey o padezca pensando en la modestia del funcionario rural.

En cambio, atended, estudiantes, a este programa que, sin serlo, estampa un profesor de Princeton (1) en un libro de psicología: «Saber que los más grandes hombres de la tierra son hombres que piensan como yo, pero más profundamente; que ven lo real como yo, pero más claramente; que obran por motivos como yo, pero más firmemente; que sirven a la humanidad como yo, pero mejor..... Todo eso puede ser un excitante de mi humildad, pero es también una inspiración para mi vida.»

Pues bien: estas frases que transcribo, de un pensador americano, tienen un sentido de realidad en ciertos estudiantes. En la generalidad de los estudiantes en ciertos países. Pero en pocos estudiantes y en pocos países.

Acaba de publicarse un librito en Alemania en que se examina el *Moderno espíritu de los estudiantes alemanes* (2) y de sus páginas copio estas dos líneas: «Un

(1) Baldwin.—*Historia del alma*. Pág. 312.

(2) Friedrich Depken.—*Von modernen Geist im deutschem Studententum*. Leipzig, 1913.

impetuoso «tú lebes», que no se dirige a obtener beneficios prácticos, les impulsa (a los estudiantes) hacia una actividad alegre.»

El señor Depken, autor del folleto, nos informa del pensamiento individualista que reina entre los estudiantes alemanes, pero con la dominante de un espíritu enaltecido de la raza y de la patria.

El afán, entre nosotros, de acabar una carrera, como medio de vida, conduce—aunque no parezca congruente—al criticado acecho de los días sin clase, no por nada, sino por no tener clase.

El estudiante inglés estudia tan escaso tiempo como el español, y además, como el alemán, tiene menos días de clase (1); pero atiende, en cambio, a fomentar más su salud y robustez físicas. Allí nadie piensa en desatinadas hueigas escolares, que semejan a las represalias con que se consuela a los niños cuando se caen al suelo.

El estudiante español, y siempre hablando en términos generales, tiene el sentimiento de la emulación, quizás no tanto consigo mismo como con respecto a sus com-

(1) En Oxford y Cambridge, el curso de seis meses se divide en tres términos: de 15 de Octubre a 15 de Diciembre, de 15 de Enero a 15 de Marzo, de 15 de Abril a 15 de Junio, y en esos días de curso sólo hay cátedras por la mañana, dedicándose la tarde a los *sports*. Es verdad que no hay más fiestas intercalares que los domingos. Y es tan público el hecho de tan escasa asistencia, que los estudiantes se sinceran diciendo que estudian más fuera del curso que en la Universidad. El periódico satírico *The Punch* ha publicado una caricatura alusiva a esto: un maestro repetidor que prepara a un escolar aspirante a ingresar en Oxford, le dice: «Prométeme estudiar tres meses y yo te prometo cuatro años de vacaciones.»

Porque, en efecto, tampoco dura más de cuatro años la carrera en las Universidades inglesas.



pañeros. Como si no importase más hacerse uno mejor cada día, que hacerse mejor que el prójimo.

Esta emulación tiene entre nosotros una raigambre sobre la cual, de intento, no haré crítica alguna. Todavía hay en algunos colegios, romanos y cartagineses.... Y también odios africanos entre esas huestes. *Non racionare di lor....*

Y es el caso que ahora ha entrado en la Universidad otro elemento que aumentará esa emulación: el elemento femenino. La mujer-estudiante, no tardando mucho va a poner en grave compromiso al hombre-estudiante. Porque tiene más asiduidad, más disciplina y su labor más callada—diaria, no a ventregadas—suplirá a otras deficiencias, si las hubiese.

Hay también una emulación al revés, que no tendré necesidad de decir en qué consiste. Todo depende, ¡oh padres cuidadosos!, del ámbito de que se rodea el escolar. Porque así como he señalado el hecho de que el lenguaje de los niños, son los demás niños quienes mejor lo entienden, añadido ahora, que el cultivo y mejora del estudiante se hace y se haría mejor por *el otro* estudiante. Este *otro* es el que hay que buscar. *Otro* que no tenga a gala ser el mejor billarista de la ciudad, o el más chistoso, o el mejor charadista. ¡Ah!: sobre todo, huid del charadista: es un enemigo temible que erige la conjetura en dogma de conducta y razona *per saltum*, si acierta, acierta, y si embarra, embarra.

El llamado carácter «meridional», como se caracteriza de una vez, hay que temerlo. Un estudiante meridional, puesto a ejercicios *sportivos*, convierte el *football* en el único objeto de su existencia; y puesto a holgar, no habrá *lazaroni* comparable. De meridionales es también eso de tragarse los libros en Mayo, pasando «las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio». A este respecto, un psicólogo ha dicho que la aten-

ción está en razón inversa del hábito. Y si esto es cierto, el que no tenga hábito de estudiar, pondrá más atención cuando estudie. Creo yo que este psicólogo es también meridional.

Cuando se observa bien lo que puede dar de sí la emulación y el contagio de las buenas y las malas prácticas, es visitando las casas de estudiantes.

¿Quién de los que me oyen no ha sido *huésped*, o no ha conocido hospederías de estudiantes? Y quién que haya visto una vez sólo las modernas *residencias*, ¿no envidiará estos medios de mejora y perfeccionamiento de la educación de la juventud?

Las aventuras, los placeres y dolores de todo estudiante que ha corrido, que ha gozado y que ha sufrido, son siempre de más indeleble huella en compañía.

Si los estudiantes supieran cuánto vale el intensificar su vida estudiantil, no se dedicarían, como tantos, a «hacer tiempo» o gastarlo inútilmente. Para ellos, estas líneas de Mauricio Maeterlink:

«Lo que diferencia a los felices y a los fuertes de los que lloran y se desaniman, no es lo que han hecho o han sufrido, sino la manera cómo saben recordar lo que hicieron y sufrieron.»

Por eso, vuelvo yo a decir a los estudiantes, que procuren intensificar el presente, porque ha de ser mañana el manantial de un placer espiritual que podrán hacer de actualidad cuando quieran.

¡El mañana, el mañana....! Cuando todos nuestros jóvenes sean alegres sin chocarrería, pensadores sin neurastenia, patriotas sin fachenda, espontáneos sin afectación, robustos sin barbarie y serenos sin frialdad, no dejarán por eso de tener juventud y la tendrán más duradera.

Tal creo yo que debe ser el espíritu que informe las aspiraciones de los maestros y los anhelos de los padres.



Por mi parte, basta ya; pues no he querido hablar en tono elegíaco ni dogmático, ni plantear problemas ni ejercer pedagogías.

Termino recordando al Dante cuando encuentra a Arnaldo Daniello, en el séptimo círculo del Purgatorio:

«Prefiero sonreír y callar, ya que en este momento, mi corazón está henchido de esperanzas en la juventud y en las eternas fuentes de la vida.» (1).

HE DICHO.

---

(1) *Divina Comedia*, canto XXVI:

*Ieu suis Arnault; que plor e vai chantan.....*

Como se sabe, están escritos, este y los siguientes versos, en provenzal.





VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.FS